

ct

# La obediencia de la mujer del pastor

de  
Sergio Martínez Vila

*(fragmento)*

*El bebé llora.*

*El director, asiéndose su batín a la cintura, se acerca nuevamente al corralito y mira en su interior. No hace nada. Espera a que el llanto termine. Y después de un largo minuto, el llanto termina.*

*El director mira y habla a público.*

## EL DIRECTOR

De chaval me era difícilísimo ver porno. Sabía que existía, claro, pero era tan inalcanzable como el cielo de los curas. Un día los chicos del catecismo y yo vimos unas postales que se había traído no sé quién de la mili, en las postales aparecían tías buenas vestidas, y según cómo las movieses, a un lado o al otro, la ropa desaparecía y las tías quedaban en bolas. Yo casi no me había tocado hasta entonces. Me habían enseñado a desconfiar de la dureza de mi polla como se desconfía de un cuchillo recién afilado, y claro, veo a esas mujeres con las piernas abiertas enseñando el pelo prohibido y por poco agoto mis reservas de lefa allí mismo. Tenía quince años, así que imaginaos la lefa. Yo creo que hay que intentar sacársela de encima mucho antes, es horrible aguantar hasta los quince. Cuando te has corrido por primera vez, ya sabes que eso te va a acompañar toda la vida, como las cicatrices, y que ese flujo va a luchar siempre por salir. Pues bien, es para ver salir ese flujo elemental para lo que se hace el porno.

*El director toma el biberón vacío del corralito y lo enseña como modelo.*

La polla es muy importante. Está en todas partes, en los árboles y en las setas, en las señales de tráfico y en los pitillos, en los cubiertos, en las azadas, y sobre todo, en el dedo que apunta y señala, en el dedo que ordena. Podría decirse que una polla es como una orden, pero al no ser capaz de desviar las miradas hacia lo que ordena, hacia la ejecución de la orden, como sí haría un dedo extendido, la polla acaba por ser la orden que no puede sustraerse de sí misma, la orden en estado puro y originario, al menos hasta que esa orden estalla en lefa. Es el símbolo absoluto del poder, tan absoluto que es estéril, porque para ser fértil no sólo tiene que lanzar un buen esperma, sino que tiene que lanzarlo en el sitio indicado, en el interior de un cuerpo, en la sombra, allí donde la polla no puede ser vista en toda su gloria. Hablamos entonces de la fascinación que ejerce una polla tiesa, estéril y perfectamente visible desde cualquier lado como de la tiranía del porno. Tanto más tiránico será el porno cuanto más larga y gorda sea la polla o las pollas involucradas en él. Hay mucho de nosotros trabajando a un nivel inconsciente, y una polla erecta es como una orden inmediata, una polla erecta pide ser friccionada y liberada de su fluido, como sea, e incumplir esta orden es fracasar en la práctica pornográfica y en la práctica de la vida.

*Silencio.*

Todos sabemos que, sin un recipiente, la energía se dispersa. Por eso los agujeros también le importan al porno, y mucho. Pero los agujeros no pueden atraer el poder hacia sí mismos durante mucho rato. Como ya dijimos, la eyaculación se da fuera. Se pierde. Lo que ha estado recibiendo todo ese rato al final es privado de la descarga, y así su espera es infinita, como infinito nos parece también el camino que conduce a un cambio profundo. Los actores porno dejan de empujar cuando sienten que el semen está a punto de brotarles, la clásica marcha atrás, y se pajea fuera hasta que se

corren. Aquí hay distintos niveles, el semen puede esparcirse sobre el culo o el coño que estaba siendo penetrado, o sobre la espalda, la axila, el vientre, las tetas, la planta del pie, pero lo más significativo es correrse en la cara, allí donde se expresa el espíritu del que recibe, allí donde su voluntad parece más arrasada. Digamos que el juego de poder pornográfico alcanza en este momento su clímax, porque la polla quiere borrarlo todo con el brotar de su semen, exige la disolución del otro e incluso reclama, de pronto, una distancia aún mayor, una soledad triunfal. Esto es algo que todos experimentamos al correrlos, y si no, cuando vayáis a casa y os pongáis la porno, comprobad cómo después de eyacular vuestra primera reacción será interrumpir las imágenes lo antes posible, como con vergüenza. Ese momento, aunque sólo dure una fracción de segundo, es una fracción de segundo poderosísima, es el miedo al vacío que deja la energía liberada, el lugar al que vamos como castigo o como premio, que en el fondo no es más que el lugar del que ya veníamos antes. No hay que enfadarse. Es importante no enfadarse. Antes que violencia, somos el vacío sobre el que la violencia crea.

*El bebé interrumpe con un leve berrinche. El director planea su mirada por el interior del corralito, sin soltar el biberón de la mano.*

Por pequeño y estrecho que sea, nada transmite mejor el vacío que el agujero. Una polla que busca un agujero es como un ser errante que busca su origen sin saber que no puede volver nunca al lugar de origen si no está muerto. Hay varios tipos de agujeros: por el que todos nacemos, por el que todos cagamos y por el que todos nos comunicamos. Estos tres clásicos de la penetración componen una santísima trinidad del porno con lubricidades distintas que en el fondo son una sola. Si la polla en su turgencia máxima es lo que se destaca sobre el vacío con la intención de dominarlo, o de entenderlo, el agujero es lo que recibe todas las intenciones, asimilándolas en una misma impotencia. El agujero es flexible, porque suyo es todo. Puede dilatar su tamaño considerablemente para dar cabida y salida a todos los ímpetus. Cuando se desgarran, el vacío no se desgarran con él. Por eso el agujero siempre estará un punto por encima de los que quieren penetrarlo, así como la obediencia encierra más poder que la orden, porque mientras que el amo se deleita en la transformación de la materia, el sumiso ya tiene todas las transformaciones en sí mismo y no se jacta de ellas.

(...)